
Ayuntamiento de Cádiz


UMASS
BOSTON

Año 18. AGOSTO 14 DE 1859. NUM. 32.

LA MODA.

REVISTA SEMANAL DE LITERATURA, TEATROS, COSTUMBRES Y MODAS.

Este periódico se publica todos los Domingos. En el número 1.° de cada mes se reparten cuatro láminas, representando, unas, las últimas modas de París, otras, Patrones para bordados, cortes de vestidos, etc., ó bien lindos dibujos de tapicería ó de Crochét. Precio de la suscricion 9 reales al mes, lo mismo en Cádiz que en los demás puntos de la península.

MANUAL del Viagero en Cadiz, por D. Adolfo de Castro.

Una poblacion como Cádiz, que principalmente debe su importancia á las condiciones de gran puerto marítimo, es y debe ser un punto natural de arribo y de partida para gran número de naturales y estrangeros, siendo muy comun el que para estos sea Cádiz lo primero y acaso lo único que llegan á conocer de España. Entre estos viageros, si bien hay muchos que solo pueden ocuparse de los negocios que aquí los traen, hay otros muchos mas que por via de instruccion, ó meramente por pasatiempo, desean estudiar, conocer y hasta analizar una poblacion para ellos nueva, buscando en ella datos mas ó menos seguros para juzgar al pais entero de que hace parte. Esto se comprende muy bien en todos los puntos de cierta importancia del estrangero que acostumbran á ser visitados con frecuencia por forasteras gentes, y de aquí que en ninguno falte un manual que dirija y guie al recien llegado en sus investigaciones. Allí esos libros están en manos de todos; las fondas, los pupilages, las estaciones de los ferro-carriles, los despachos de los vapores los ofrecen por todas partes; su generalidad prueba todo lo útil, diremos mas, todo lo indispensable de su uso.

Un libro semejante faltaba en Cádiz, por que la guia que anualmente se publica y que con tan singular acierto redacta hace años el Sr. Rosetty, si bien rica en datos curiosos, tiene por principal objeto el personal; cosa que al viagero nada le importa, fuera de determinados casos. El interés de su publicacion no se afecta por tanto en nada por la publicacion nueva.

En esta se reseñan los establecimientos públicos de Cádiz con noticias sobre su creacion y, cuando lo merecen, con particularidades históricas curiosas y oportunas; se mencionan las obras del arte y los productos naturales, se presentan datos estadísticos de varias naturalezas; se lleva en suma como por la mano al viagero á fin de darle á conocer en todos sus pormenores una poblacion para él nueva, dirigiéndole en sus investigaciones; que de otro modo serian penosas, difíciles, y por lo comun insuficientísimas. Bástale para todo esto un librito preciosamente impreso en rico papel, y que solo contiene unas ciento y cincuenta páginas. Es un verdadero manual como su nombre lo indica.

De la manera con que haya sido desempeñado este importante trabajo tiene el público una garantía muy sobrada en el nombre de su autor. Todos saben, en efecto, que el Sr. D. Adolfo de Castro es la persona mas competente que hay en Cádiz para poder llevar á cabo con éxito feliz una tarea de esta especie, bien así como otras de harta mayor entidad y que le han conquistado una envidiable fama.

Este libro ha sido impreso en el acreditado establecimiento de *La Revista Médica*, establecimiento que puede sostener la comparacion con los mejores de España y aun de fuera de ella. En su despacho se ha comenzado pocos dias ha la espendicion del *Manual* de que nos hemos venidos ocupando en el presente artículo.

FRANCISCO FLORES ARENAS.

TEATRO PRINCIPAL.

COMPAÑÍA ITALIANA.—*Hernani.*

La última funcion, al menos hasta ahora, de la compañía de zarzuela fué á beneficio de la Sra. Solera. Esta artista, que á fuerza de sólido mérito y de modestia ha llegado no solo á destruir prevenciones sino á conquistarse todas las simpatías del público gaditano, fué saludada aquella noche con nutridos aplausos, en tanto que caian á sus pies multitud de ramos de flores. Fué una ovacion hija del aprecio.

Pocos dias despues se anunció el estreno de la compañía de ópera italiana, y un lleno completo en el teatro hizo conocer los ardientes deseos que ha tiempo tiene el público de gozar de un espectáculo del que hace tantos años se ha visto privado.

La ópera era *Hernani*: no era una novedad ciertamente; pero sí un bello y agradable recuerdo.

Antes de principiar la funcion un cartel manuscrito nos anunció que el tenor, indispuesto por consecuencia de su reciente viaje, solicitaba la indulgencia del público. El antecedente no agradó á los lectores, porque en los momentos de ir á juzgar á una compañía, y cuando todos precisamente á eso han ido allí, es hasta cierto punto triste el tener que dejar su fallo en vilo, digámoslo así, porque la indisposicion de una de las partes principales lo haga imposible. Esto no previene favorablemente, y por tanto da por lo comun un resultado contrario al que se busca, porque presta ocasion á la desconfianza; y así sucedió que la cavatina de salida del tenor no se aplaudió mucho ni poco. Si nosotros fuéramos primeros tenores y tuviésemos que presentarnos por vez primera ante un público como el de Cádiz, es seguro que no habria poder humano que nos forzase á cantar mientras no estuviésemos en toda la plenitud de nuestras facultades artísticas cualesquiera que ellas fuesen, porque creeriamos que despues nos habria de costar mucho mas trabajo el rehabilitarnos.

La Sra. Tilly, buena artista aquí ya conocida, alcanzó aplauso en su pieza de salida. En cosas ya tan hechas y tan bien hechas, en piezas ya tan cantadas y tan bien cantadas, un aplauso como aquel debe contentar á cualquiera, sin pretender producir el entusiasmo de otras veces.

El barítono Sr. Pacini pareció bien en el primer acto; mejor en el segundo, y mejor todavía en el tercero, que fué el de mas efecto y despues del cual se pidió la presentacion de los actores. Su voz es llena y de buen timbre, aunque no en todos los puntos; canta con buen método, y es actor, si bien alguna que otra vez como tal y como director se le fué el santo al cielo. Pareciónos que no estaba tampoco completamente en voz, y á la noche siguiente no nos quedó duda de ello.

El bajo no pudo tampoco presentarse, y en su lugar tuvo que hacerse cargo del papel de Silva el Sr. Fábregas.

Por lo dicho se comprenderá muy bien que todo juicio definitivo acerca del verdadero mérito de los nuevos artistas seria hoy aventuradísimo, puesto que solo juzgamos por el *Hernani*. Aun no se han presentado en sazon para ello. Esperemos á entonces.

FRANCISCO FLORES ARENAS.

ME ESTOY RIENDO.

—Soy un hombre que tiene la desgracia de reirse de todo.

—La vida para mí es un punto, el pasado un recuerdo, el porvenir una esperanza, el presente un instante que huye con la velocidad del rayo.

—No quiero ser Quijote, y por eso procuro pasar la vida riendo.

—La muerte sorprende generalmente caras tristes y angustiadas.

—Cuando me vea la mia se ha de admirar de que me ria de ella, mas que ella de mí.

—He visto muchas calaveras en este mundo, la suya no ha ser mas fea que las que yo he visto.

—Para reirme constantemente procuro no perder ocasion en que poder hacerlo.

—Por eso voy á los bailes, á los cafés, á los paseos, al teatro, en fin á todas partes en que se reune gente, porque ella me proporciona siempre escenas de que reirme, cuando no me rio de ella misma.

—En este instante me estoy riendo en la plaza de Mina.

—He pagado cuatro cuartos por un asiento en un banco.

—El derecho de sentarse ha encarecido.

—No comprendo la razon.

—Antes hacia por dos cuartos lo que ahora me cuesta cuatro.

—Quiero averiguar la causa de esta subida de precio, su orígen me ha de proporcionar materia para reirme.

—Llamo al individuo á quien pagué el importe de mi asiento.

—Se me acerca, y me presenta el bolsillo en que recoje el dinero, creyendo que voy á pagarle por segunda vez.

—Su afan de recolectar me hace reir.

—Conoce su error, y su cara continúa promoviendo mi hilaridad.

—Este hombre no puede ser llamado mas, que para recibir dinero.

—Si fuese mi criado lo llamaria muchas veces para que me tirase de las botas.

—Le pregunto lo que deseaba, y satisface mi curiosidad, diciéndome que hoy se sienta la mitad de la gente que antes acostumbraba hacerlo, lo cual ha hecho subir el precio de los asientos.

—Yo los veo todos ocupados, y me quedo sin comprender la razon.

—Insisto, y me hace ver que en cada confidente hay sentadas dos señoras: antes se sentaban cuatro.

—Procuro profundizar la razon, y debajo de cada vestido encuentro un formidable *te engañé*.

—Los *te engañé* están en razon contraria de la localidad.

—Hago abstraccion por un momento de este ridículo objeto, y me rio del estado en que se encuentran mis paisanas.

—Con el *te engañé* se desvanecen las ilusiones

—Sin él, la verdad aparece desnuda y la mujer desaparece.

—Si yo fuera á casarme, procuraria no ser engañado.

—No comprendo por qué solamente á lo que las ahueca, le dan las mujeres el nombre de *te engañé*.

—La mujer en el dia toda es un puro engaño. Desde la blonda cabellera que es de tul, ó de terciopelo, hasta el zapato que es una pulgada mas corto que el pié que encierra, todo es mentira.

—La mentira es la compañera del sexo feo.

—La mujer la confeccionan las modistas.

—La naturaleza las provee de maniquies.

—La mujer en trage de calle es una mentira andando.

—El amor se infunde generalmente en estado embustero.

—La mentira es un pecado, luego al enamorarnos cometemos un pecado mayor que el de Adan para quien Eva era toda realidad.

—Los tiros del amor me han dado á mí siempre en los tacones de las botas.

—Para enamorarme necesito otra generacion.

—La presente no consigue mas que hacerme reir.

—Conozco que hago mal.

—Me han dicho que el fin del mundo está próximo.

—Pero considero que si me caso, y al dia siguiente se acaba el mundo me condeno sin remedio.

—Prosigo sentado en mi asiento.

—A mi derecha tengo una jóven como de 20 años.

—Me parece guapa.

—La luz del gas no la ilumina lo bastante para que yo pueda ver si su cara se halla revocada con blanquillo.

—Una muger pintada vale por dos; una morena y otra blanca.

—Mi jóven compañera se encuentra sentada en una posicion puramente oriental.

—Si yo fuese ciego, por el contacto creeria hallarme en una bodega.

—Mi pierna derecha se halla en íntimas relaciones con cinco aros de acero.

—Para los que pasean deberia hallarme en los inválidos.

—No tengo mas que una pierna.

—La otra se halla cubierta por el vestido de mi vecina.

—Si yo fuese espiritualista tendria miedo á las influencias.

—Mi jóven *ad latere* se halla muy ocupada.

—Está pescando.

—Las mujeres siempre están de pesca.

—Es la diversion favorita del bello sexo.

—Cada vez que tiran de la caña, sacan un hombre.

—Ya ha habido quien ha dicho que el hombre se llama hombre por antonomasia, yo digo que deberia llamarse besugo.

—Mas allá de mi vecina se halla la mamá, soñolienta y fatigada por la presion que egerce sobre su individuo las ballenas del corsé que la comprime, y echando de menos la compañía de su gato que estará arrellenado á los piés de la cama de la buena señora.

—El placer maternal está plagado de sacrificios.

—El paseo para las jóvenes es una necesidad, para las viejas una esposicion de arrugas.

—Cada vez que veo una vieja le tengo envidia.

—La vejez es el epílogo de la vida.

—Nunca es el hombre mas feliz que cuando lee su último capítulo.

—Mi vecina sale por fin de su estado de abstraccion.

—Un pollo disciplinante, es decir, de esos que le pegan á uno cien patadas en la boca del estómago, acaba de saludarla.

—Ella le contesta, y la mamá le pregunta interrumpiendo un momento su meditacion:

—¿Quién te ha saludado?

—Jesus, mamá! No lo ha conocido V.?

—Me ha parecido el hijo del tio Pablo el maestro barbero.

—Ay, mamá, que incongruente está V. siempre! respondió la niña haciendo que yo prorumpiese en una estrepitosa carcajada y me agarrase al banco por miedo que me tirase de espaldas la incongruencia de mi vecina.—Siempre cree V. que nadie nos saluda!

—Pues no sé quién era, yo no le conozco.

—Válgame Dios, mamita, qué poco viven en V. los recuerdos! Todos pasan por su imaginacion sin dejar mella.

—En este momento miro á la mamá, y por el sitio en que veo las mellas saco en consecuencia que á esta señora le pasan los recuerdos por la boca.

—Sin duda querrás tú acordarte de mas cosas que yo! respondió la mamá algo picada por la interpelacion de la niña.

—Yo no digo eso; pero me estraña que haya V. olvidado tan pronto la finura de ese jóven.

—Quién, tu primo?

—No, señora, del que nos acompañó esta noche al café de Apolo.

—Sí? Ah, qué jóven tan bien educado! Yo creo que debe ser forastero.

—Por qué?

—El rasgo de esta noche me lo ha dado á conocer.

—Pues V. no tiene motivo para quejarse, aunque esta noche ha estado V. muy indisplicente.

—Por qué he estado yo indiferente?

—No ha querido V. tomar mas que un panal y un vaso de agua.

—Y verdaderamente que he sido una tonta. Si vieras tú lo que yo gozo en el ratito del café! Lo que no me ha gustado esta noche ha sido la danza que tocaron.

—La de los pollitos? pues si es preciosa! Él mismo se la pidió al pianista por complacerme.

—Cuántas íbamos?

—Nueve, mamá, nueve. Y cómo comia la Paca!

solamente de pan de rey se comió dos libras.

—O es convite ó no lo es; si lo es debe uno comer hasta tentárselo con el dedo.

—Jesus, mamá! no diga V. esos terminachos. Su lenguaje de V. se resiente de poca fluidez.

—Qué tiene que ver eso con mi viudez?

—Mamá, por la vírgen santísima no siga V. diciendo inconsonancias.

—Sobre poco mas ó menos, cuánto te parece que habrá gastado ese jóven en obsequiarnos?

—Treinta reales lo menos.

—Le dió propina al mozo? porque á mi me gusta quedar bien en todas partes.

—No le habia de dar? es claro.

—Es toda una persona decente.

—Pero ese gasto, ya vé V. que....

—Bah! hija, por poco te apuras. Esa es una bizcotela.

—Jesucristo! Mamá no vuelva V. á abrir la boca en toda la noche. Ha dicho V. bizcotela en vez de decir bicoca.

—Lo mismo dá bicoca que bizcotela: te paras en unos presiles! Mira, el domingo saldremos con tus primas, las hijas de tu tia Manuela, para que si vuelve á acompañarnos ese jóven tomen ellas tambien alguna cosita.

—Mamá, donde vamos á parar con tanta gente?

—Toma! si esta noche éramos diez, el domingo seremos quince. Esa no es cuenta nuestra.

—Esta mamá ha descubierto una caja de ahorros en el bolsillo de su acompañante.

—No ha de ver! Si viera como se reia un jóven que estaba sentado en una mesa inmediata á la nuestra.

—Ese era yó.

—Pues no sé de que podria reirse. Tal vez no sería capaz de hacer, lo que aquel jóven hacía por pura galantería.

—Yo lo creo, ni mucho menos. Yo no doy mas que las buenas noches porque no cuestan dinero, si costasen algo, le desearía un cólico á toda la humanidad.

—Ahí viene. Mamá, salúdele V. no vaya á agraviarse. ¿Tengo bien puestas las trenzas?

—Sí saca un poquito la punta del pié, respáldate en el asiento, ponte en una postura elegante, apoya la cara en el abanico, sé fina.

—Así?

—Así.

—Ya viene, mamá, sea V. amable. Esté V. prevenida.

—El jóven pasa por delante de nosotros, y causando una impresion general se hace el distraido.

—La distraccion le ha costado veintisiete reales.

—Ninguna impresion me ha costado á mí tanto dinero.

—No nos ha visto.

—Así parece.

—Seguramente es forastero.

—Ese jóven debe ser paisano mio; me ha parecido sueco.

—Se habrá agraviado por algo?

—Nosotras no le hemos dado motivo.

—El motivo se lo ha dado el mozo del café al cobrarle veinte y siete reales.

—Las hijas de la tia Manuela pueden ahorrarse la salida del domingo.

—Mi vecina calla.

—La mamá vuelve á sus meditaciones.

—Yo despues de reirme al ver un plan frustrado, me sigo riendo de mis *ad lateres*.

—Cada vez me afirmo mas en esta idea. El mundo para mí es un panorama, los seres figuritas que me divierten.

ALMORAMAR.

ESTE MUNDO ES UN FANDANGO.

NOVELA ORIGINAL

DEL CORONEL

DON MARIANO RUIZ-LORENZO

(CONTINUACION.)

—Pues hé ahí cabalmente lo que me ha quitado la ilusion. Si el uno dice: *Las cosas marchan perfectamente, caminamos con viento favorable hácia un porvenir de paz, de abundancia, de adelantos....* el otro replica: *La marcha del gobierno es tortuosa, nos precipita en el abismo.* El uno pronostica bienes sin cuento; el otro males sin fin. Esto es alimentar la incertidumbre y vivir en una contínua zozobra.

—Ya... porque no filosofas sobre las razones que cada uno aduce en pro de sus asertos. Si lo hicieras, no dejarias de sacar la verdad.

—Eso quiere decir, que tú sacas una consecuencia lógica de las polémicas con que llenan sus columnas.

—Sí, por cierto. Sé á qué atenerme, y á qué color político he de dar la razon.

—Pues, hermana, confieso que no llega á tanto mi perspicacia. Mientras mas los leo y mas peso y contrapeso las razones en que cada uno se funda para apoyar su respectivo plan político ó de gobierno, su predilecto sistema, mas confusa me encuentro para dar la preferencia, para declararme partidaria por conviccion de una ú otra de las diferentes fracciones en que nos hallamos divididos. Eran tantas las contradicciones que cuando los leia encontraba en sus raciocinios, que como ya dije, me ha quitado completamente la ilusion su lectura. Si acaso, por pasatiempo únicamente, y eso á veces me pone de mal humor.

—Es porque fluctúas, porque no has hecho profesion de fé política.

—Ni pienso hacerla por ahora.

—Y si la hicieras, ya sé yo cual seria.

—¿La opuesta á la tuya?

—Se supone.

—Pues qué duda tiene...

—Pero sin otra razon, sino por la de que eres espíritu de contradiccion.

—¿Y tú?

—Yo tengo formadas mis convicciones hace tiempo.

—Fluctuaste, y luego que hubo intereses que contrapesaran, te decidiste. Y si no, que lo diga Atanasio.

—Y aun cuando así fuese, ¿qué mal habia én eso?

—Ninguno. Es cabalmente la razon mas poderosa, la concluyente mas usual para decidirse. Es la verdadera, con muy cortas excepciones que sirve de conviccion á eso que se llaman notabilidades de los partidos políticos. Y no te creas que yo acuso solo á nuestros hombres. Ahí están los de Francia y los de otras naciones de Europa. En una palabra, en política perdí todas las ilusiones.

—¡Vaya, hermana, que eso es ya demasiado indiferentismo!

VI.

Aquí, iban en su diálogo, cuando fueron interrumpidas por una figura estrafalaria que apareció á la puerta del gabinete. Era la criada, mujer á quien los años no habian dejado de causar desastres en su acartonada persona, escuálida, jorobada, la boca sumida por falta de su armazon de huesos, nariz larga y encorvada á manera de pico de loro, de modo que se hallaba casi en contacto con su puntiaguda barba, largo pescuezo y tez atezada; causando todo este conjunto un efecto diabólico tal, que al pronto infundia espanto. Añádase á esto que venia ataviada con un vestido de indiana verdoso bastante mal traido, con ramos grandes que habrian sido alguna vez de color de fuego; pero que ahora aparecian de color de materia, un delantal de cocina lleno de manchas, sumamente desgreñada y abanicándose á toda prisa con el aventador de esparto de la cocina, y tendremos completo el cuadro de la caricatura de la individua que hacia á la vez de cocinera, de doncella y de page ó lacayo de antesala, pues se la oyó anunciar muy séria y con voz enfática:

—El señor don Atanasio de Ruidera!

A lo que contestó Ana con el mismo tono y seriedad:

—Que pase adelante.

Con efecto; Ana era la que dirigia el ceremonial que habia de observarse con las muy pocas personas que entraban en la casa, montado al estilo que habia oido se usaba en los altos círculos aristocráticos cuando eran recepciones de grande etiqueta. Y por mas que su hermana se habia opuesto á esta y otras farsas de semejante jaez, porque la dolia, como era natural, el verse puesta en ridículo, nada habia conseguido, teniendo que ceder por conservar la paz doméstica.

Entró al fin Atanasio retorciéndose el bigote y saludando á las damas, alargó la mano á su adorado tormento, quien correspondió muy ufana; no haciendo lo mismo con Dorotea, porque sabia por experiencia que no gustaba de ciertas costumbres que la moda habia introducido nuevamente en la sociedad.

Atanasio habló de lo bien que iban sus asuntos, pues que el subsecretario le habia indicado que aquella noche tenia en su casa un concierto, y apoyado en esto añadió:

—Ya ven Vds. que la indirecta no puede ser mas clara.

—Explíquese Vd., pues no comprendo á qué alude la indirecta de que Vd. habla, le contestó Ana.

—Pues no deja lugar á duda. Desea que asista, y esta es una predileccion marcada que significa mucho. Además, cuando yo salia de la subsecretaría, pasaba el Sr. ministro que iba á su despacho, y me dirigió una sonrisa tan expresiva al corresponder con la cabeza á mi saludo, que no pude menos de considerarla como un feliz presagio...

—Me parece que se las promete Vd. muy felices con demasiada facilidad, le interrumpió Dorotea.

—Si Vd. conociera como yo á S. E., no diria eso. ¡Ah, es un excelente sugeto! Se interesa tanto por el bien de la patria, es tan justiciero, tan imparcial, que basta que comprenda que un hombre es apto, que tiene buena imaginacion, para que sin recomendacion y sin nada le adelante en su carrera. Luego aquel tacto político, aquella facilidad para comprender los mas intrincados asuntos del Estado y darles una solucion...

—Pero bien, interpuso Ana, ¿qué es lo que Vd. espera? Hace tan poco que ha entrado Vd. de auxiliar...

—Y solo supernumerario, añadió Dorotea.

—¿Y eso qué importa? añadió Atanasio. En el concierto de esta noche espero saber... Porque la sonrisa del Sr. ministro y la indicacion del subsecretario... unidas ambas cosas dan cierto significado, que solo comprendemos los que estamos algo duchos en la diplomacia.

—¿Y á qué hora es el concierto? preguntó Ana.

—A las diez, y siendo ya los tres cuartos, me es forzoso el dejar tan amable y grata compañía.

Se despidió con el mismo ceremonial; esto es, alargando la mano á Ana, y con mútuo saludo de cabeza entre él y Dorotea quien exclamó luego que aquel desapareció:

—¿Es posible, Ana, que estés enamorada de un hombre tan insustancial?

—¿Es envidia ó caridad? interrogó Ana con mal humor, efecto tambien de lo mal que le habia sentado la ida de su amante al concierto.

Y ya iban á enfrascarse en uno de los acalorados altercados que solian tener, cuando sintiendo la vibracion de la campanilla de la puerta, suspendieron las hostilidades. Pero esta suspension debia tener su fin y estallar con mas fuerza cuando hubiese ocasion. Y la hubo, como verá el lector en el siguiente capítulo.

VII.

El que llamaba y entró sin mas ceremonia en el gabinete era don Severo, padre de nuestras dos jóvenes, cuyo nombre estaba en contraposicion de

su carácter. Hombre en extremo obeso, cara redonda y sonrosada, tenia unos setenta años de edad pero muy bien conservado; de manera que apenas representaba sesenta. Gastrónomo por excelencia, su principal ocupacion era la de dar gusto al paladar. Antiguo gefe de Hacienda jubilado, le habia quedado muy regular sueldo, con el que lo pasaba á las mil maravillas, sin dársele un ardite por nada de cuanto en el mundo ocurria. Era muy amante de sus hijas; pero su carácter flemático y bonachon hacia que su autoridad, como amo de casa, tuviese poca influencia: y de aquí y de ser de caractéres opuestos las dos hermanas, era el orígen de que apenas pasase un dia sin que hubiese entre ellas sérios altercados.

Para mas fácil comprension de nuestros lectores y evitarles la monotonía de dijo fulano y replicó zutano, etc., vamos á marcar la parte que cada uno toma en la animada conversacion que vá á mediar entre estos tres personajes, con las letras iniciales siguientes: la S. demostrará que habla don Severo; la A. Ana, y la D. Dorotea. Hecha esta advertencia, diremos que entró el padre en el gabinete, y saludando cordialmente á sus hijas exclamó:

—¡Jesus, qué calor tan sofocante!

Se sentó en una silla, y cogiendo el abanico que le alargó Dorotea y abanicándose con fuerza, prosiguió:

—Pues señor... ¡Cómo ha de ser!... al fin... no es una gran novedad, porque como dijo el otro...

—D. ¿Qué ha sucedido, papá?

—S. Nada, nada verdaderamente; y tal vez mucho, muchísimo.

—A. Pero nada y mucho son dos cosas distintas.

—S. Pues ahí verás, hija. Lo que para unos es nada, para otros es mucho.

—D. Vamos, acabe Vd. de explicarse.

—A. Sí por cierto, pues nos tiene Vd. con cuidado.

—S. ¡Cosa mas rara!... ¿Quién habia de creerlo? Aunque bien mirado, nada tiene de particular.

—D. Está visto, tiene Vd. gana de mortificarnos.

—A. Seguramente.

—S. ¡Gracias á Dios que una vez os veo conformes en algo!

—A. Pues no lo diga Vd. Ya se me ha quitado la gana de saberlo.

—D. A mí no. Diga V., papá, ¿qué ha sucedido?

—S. ¿No lo dije? Basta que la una diga *sí* para que la otra pronuncie un *no* como una casa. ¡Qué bella hermandad!

—A. Cómo ha de ser... tenemos la desgracia de no estar acordes.

—D. Ciertamente. Vamos, papá, ¿qué ha ocurrido de nuevo?

—S. Si os empeñais, satisfaré vuestra curiosidad.

—A. La mia no, la de esa.

—D. Pues bien, sea. Diga V., papá.

—S. Bien mirado, no es una gran novedad; pero las consecuencias...

—A. (Riéndose.) ¿Qué tal, te vas enterando?

—D. Sí, tantos deseos tienes tú de saberlo como yo.

—A. Estás equivocada. Me es igual.

—S. ¡Ea, basta, que ya me vais enfadando! Se acabó: ya no digo nada.

—A. Me alegro.

—D. ¡Vaya si estás refinada! Vd. tiene la culpa.

—S. ¿Yo?....

—D. Si señor. Las mas de las veces da Vd. pié para que esa... No quiero agriar mas la cuestion.

—S. Haya paz. Vamos, venid acá y os diré lo sucedido. Estoy seguro de que os sorprenderá tanto como á mí; porque á la verdad, yo no lo esperaba. ¡Acaba de caer el ministerio!

—A. ¿Todo?

—S. Los siete.

—D. (Riéndose.) Muda completa.

—A. Jesus, Jesus!... qué desgracia!

—D. Grande por cierto!... Vaya una novedad!.... Tenia Vd. razon en decir que no era nada.

—A. Lo que puede la ignorancia! ¿Con que no es nada?

—D. Nada absolutamente. ¿A mí qué me importa?

—A. Qué ideas tan egoistas!

—S. Veis, hijas mias, cómo tenia razon? No era nada y era mucho. Hé aquí un cuadro vivo de lo que en política pasa en España. Basta que unos digan pares, para que otros digan nones. Nunca hemos de ir acordes, aun cuando en nuestras diensiones sacrifiquemos lo principal: el bien comun.

—D. Pero en la presente cuestion solo puede atribuirse á necia pedantería, á quererse dar una importancia que verdaderamente debe calificarse de necedad, el tomar á pechos semejante accidente, que está ocurriendo bien á menudo. ¿Qué le importa á ella que mande Juan ó mande Pedro? ¿Somos acaso empleados ó cosa que lo valga?

—S. Verdaderamente...

—A. Eso es, apóyela Vd., y no habrá quien la resista. Dé Vd. la razon á ese desden, á esa indiferencia con que mira las cosas de la patria, de esa patria huérfana, desamparada, por haber tantos hijos expúreos que piensan como ella.

—D. (Riendo á carcajadas.) Qué gracia me hace tu acendrado patriotismo. Si fuéramos á averiguar la causa.... quizá diera la razon á.... tu egoismo.

—A. ¡Y luego me acusas de refinada! En fin, doblemos la hoja, porque... mas vale callar.

—S. Sí, variemos de conversacion que ya empezarán á venir los amigos, y no parece bien que se enteren de vuestra poca hermandad.

—D. ¡Cuando ya no ha venido nadie....

—A. Ahí verás si ha causado impresion la novedad.

—D. Aun cuando no sea mas que ciertos intereses, ciertas esperanzas burladas...

—A. Mas vale no hacerle caso.

—S. Haya paz. Callad, que creo han llamado. Será don Fernando que no dejará de venir, suceda lo que suceda.

—A. Y que deberá venir á la casa de enfrente á hacer siquiera un rato de visita á su amigo uno de los ministros caidos. Si hubiera sido ministro del ramo...

—S. ¿Donde está empleado Atanasio?

—A. Sí señor. Estoy segura que se hubiera interesado por él nuestro amigo D. Fernando.

—S. Sin duda.

Apareció en la puerta del gabinete el espantajo de la criada anunciando al señor don Fernando de Soña, que entró dando la mano á su amigo y saludando á las jóvenes.

Era don Fernando de Soña un buen señor en toda la extension de la palabra, que vivia de las rentas que le producia su caudal, pasando en la corte unas temporadas y otras en su pais natal. Aunque hombre de mas de cuarenta años, se hallaba bien conservado, y habia malas lenguas que le atribuian cierta inclinacion á Dorotea, que esta no parecia desdeñar. Pero era tal el disimulo de uno y otro, que no habia un solo acto, al menos ostensible, que pudiera aseverarlo. Trataba á las dos hermanas con mucha afabilidad y con la confianza consiguiente á la intimadad con don Severo.

(Se continuará.)

RUGIER DE LAURIGA.

NOVELA ORIGINAL

POR

D.a FELÍCITAS ASIN DE CARRILLO.

SEGUNDA PARTE.

(CONTINUACION).

¿Era efectivamente aquel hombre el hermano de Catalina?

Lleno de terrible incertidumbre, Rugier se volvió de pronto á su noble y generoso amigo el caballero D. Lope de Haro.

—Qué teneis? preguntó este casi con ternura. Estais malo, mi querido Lauriga?

Rugier tendió sus brazos como lo habia hecho antes Fernando en direccion de la villa de Tordehumos.

—Decidme, esclamó; aquel caballero que está con ese fraile.... aquel caballero que va á desaparecer de vuestra vista, oh! fijaos en él, miradle con atencion.

—Ya lo veo; quién quereis que sea?

—Vos que habeis sido amigo de Adrian ¿no os parece que es él?

—Mucho se le asemeja, es cierto; pero ¿qué puede hacer en Tordehumos el hermano de vuestra mujer?

D. Lope pronunció sus últimas palabras con voz débil y temblorosa.

—¿Ignorais por ventura que mi Catalina está presa en Tordehumos?

—Qué decís? qué estais hablando?

Fernando de Mallorca hizo con la cabeza una señal afirmativa: Rugier dejó escapar una esclamacion de dolor.

—Yo pensaba, prosiguió el capitan, que vos lo sabíais; que vos estábais aquí con objeto de cumplirme una promesa que salió espontáneamente de vuestros labios, que yo no os exijí, suponiendo que la amábais....

D. Lope miró á Rugier con fijeza, y dijo con sentimiento:

—Teneis razon, amigo mio; os prometí averiguar el paradero de vuestra esposa, sacarla de entre las garras que la oprimian, y aun no he sabido cumpliros mi promesa, porque no pude lograr que me diesen noticias de su paradero. Por fortuna acabais de decirme que está en Tordehumos, y nosotros no nos hallamos muy lejos de esa villa. Segun podeis ver por los preparativos que estamos haciendo, dentro de veinte y cuatro horas lo mas tarde, los de acá y los de allá vamos á medir nuestras fuerzas en lucha encarnizada. Habrá combate, y vos mismo podreis, si gustais, subir conmigo á las murallas, blandir vuestro acero y conquistar la posesion de vuestra esposa penetrando dentro de la poblacion. Quereis mas, amigo Lauriga?

—Oh! no, nada mas: contestó este con efusion; tengo en odio la existencia desde que no veo á mi adorada Catalina, tengo ganas de pelear y morir, y esta vida sin lucha, sin peligro, esta vida llena de hastío, sembrada de inquietudes, me es ya de todo punto insoportable. Lo que no acierto á comprender, y quisiera que me esplicáseis, es la clase de enemigos á quien vamos á combatir. Hubiera querido mejor habérmelas con esos pícaros sarracenos, con esos infames hijos de Mahoma, que con nobles y valientes castellanos, que son los que estoy viendo á lo lejos.

—Hijos son de Castilla, repuso D. Lope con enfado; pero no creais que son los buenos hijos que miran por la madre comun; son por el contrario gente varia y turbulenta que á trueque de saciar su ambicion, todo lo pone en olvido y reniega de todo. Los que allí están encerrados ahora son partidarios del infante D. Juan, hijos espúrreos de su patria, que reniegan de su rey, precisamente cuando este entraba en el buen camino. Son los partidarios del codicioso D. Juan de Lara; los mismos que en cierta noche arrojaron en mi camino una docena de hombres armados de puñal homicida y de los cuales, por un milagro de Dios vinísteis vos á salvarme cuando yo caia sobre la tierra exánime y anegado en mi propia sangre.

—Mucho los aborreceis, observó Lauriga, notando el fuego con que D. Lope pronunció las palabras anteriores.

—Ya veis si tengo razones para ello; yo en otro tiempo, no debo negarlo, fuí desafecto al rey, traté de conspirar porque dí oidos á las sugestiones del infante. ¿Y qué hicieron entonces los malvados? Despues de haber comprometido á mi anciano padre, á mí y á otros muchos, nos delataron pérfidamente, y á no ser por el aviso que me dió

un pagecillo mio, que por cierto era un misterio viviente, tal vez á estas horas.... pero todo esto no es del caso; lo único que puedo y debo deciros es que en estos momentos me hallo al frente de mis enemigos, que el rey de Castilla se encuentra allí en aquellas tiendas y que mañana al amanecer estarémos si es posible, dentro de Tordehumos.

—Está en la villa el infante?

—El infante es demasiado cobarde y á estas horas debe hallarse mucho mas léjos.

—Me estraña demasiado todo lo que nos contais, dijo el de Mallorca, que habia estado prestando atento oido á la conversacion.

—Mucho mas os estrañaría, respondió el de Haro, si os refiriese los antecedentes de la lucha que vamos á empeñar. Cuando mi padre y yo tornamos á Valladolid, sanos y salvos, gracias á la hospitalidad que nos concedió en otro tiempo el bondadoso D. Jaime II de Aragon, nuestro primer pensamiento fué aconsejar al rey de Castilla que diese al olvido antiguos rencores y tristes desavenencias. Yo le aconsejé que premiase el mérito donde quiera que lo hallara, que procurase reunir en derredor de su trono todos los hombres de mas valía que por su bravura y sus virtudes se hubiesen hecho dignos de aprecio y consideracion. El rey Fernando se dignó escuchar mis consejos, y una nueva era de prosperidad podia tener feliz comienzo desde allí en adelante. Los ambiciosos, los necios, los hombres que solo han nacido para revolver y medrar ofreciendo lo que no saben ni pueden cumplir, trataron de desbaratar mis planes. Viendo que el cielo no habia querido mi muerte siguieron conspirando y hace dos dias la ciudad de Valladolid se hubiera visto envuelta en sangre y esterminio, si yo no hubiese vivido alerta siguiendo paso á paso la marcha tortuosa que emprendian los conspiradores. Gente forastera y perdida, hombres aventureros asalariados, la chusma, en fin, de los pueblos y reinos colindantes, se habian acampado en las inmediaciones de la ciudad y esperaban que el repique de las campanas les diese la señal de arremeter. Los traidores á cuyo frente se encontraba el infante D. Juan y el astuto D. Juan de Lara tenian tramado un plan tan horrible como sangriento. Viendo que aquello era un duelo á muerte, S. A. y yo tratamos de inutilizar sus proyectos y ofrecerles un ejemplar castigo. Reuniendo á todos los leales y allegando todas las tropas del rey, cercamos las casas de los conspiradores, hicimos una batida durante la noche por los alrededores de la ciudad y á la mañana siguiente, á la misma hora y con la misma señal convenida por ellos, tratamos de apoderarnos de sus personas. Sus casas estaban cercadas y el mismo toque de campanas con que ellos habian de dar la señal á sus gentes debia servir para que lanzándose confiados á la calle viniesen á caer en manos de las tropas del rey, quien á todo trance queria imponerles, como os he dicho, un ejemplar castigo.

—Y cómo no lo conseguísteis?

—Figuraos que aquella misma noche un fraile de pequeña estatura, de barba y cabellos cenicientos, se presentó primero en el alcázar donde habló con el infante, luego en la casa de D. Juan de Lara y sucesivamente en la de todos los enemigos del rey. Aquel fraile llevaba un salvo conducto con una órden mia, escrita al parecer por mi propia mano y sellada con mi mismo sello.

—De modo que nuestros enemigos....

—Ni uno solo quedó en la ciudad; pero lo que debe admiraros sobre todo es que aquel fraile era el mismo que acabamos de ver en el torreon.

—El padre Gerardo?

—El mismo, sino era su sombra. Porque vos le habeis reconocido inmediatamente, y á no ser que tenga pacto con el diablo y le sea fácil reproducirse, yo no acierto á comprender como estando entonces en Valladolid, podiais vos confesaros con dentro del castillo de Guevara.

—Raro y maravilloso es todo esto, dijo el de Mallorca tan admirado como lo estaba D. Lope de Haro.

—Y ¿dónde me dejais, preguntó este, lo de haber falsificado mi letra y mi sello con la mas rara perfeccion? Lo cierto es que todos escaparon, que el padre Gerardo se vino con ellos á Tordehumos y con ellos está: los instruye, les presta vigor, se defenderá con ellos, y mientras tanto vos creeis que le dejásteis en Navarra.

(*Se continuará.*)

Solucion del geroglifico anterior.

Bien hayas mal si vienes solo.

EDITOR RESPONSABLE:

DON LÁZARO ESTRUCH Y FERNANDEZ.

CADIZ: 1859.—Imprenta de la Revista Médica á cargo de D. Juan Bautista de Gaona, plaza de la Constitucion, núm. 11.

